

ZARAGOZA DOMUND 2010

JORNADA MUNDIAL PARA LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Hoy, día 24 de octubre, Domingo XXX del tiempo Ordinario, celebramos en toda la Iglesia la Jornada Mundial de las Misiones.

Esta Jornada nos ofrece cada año la oportunidad de renovar el compromiso de anunciar el Evangelio a todos los hombres y de conferir a nuestras actividades pastorales ordinarias un carácter misionero más amplio. Al mismo tiempo, la presente Jornada, que reconocemos inmediatamente por las siglas DOMUND, nos invita a todos a orar y a comprometernos, aun contando con las dificultades económicas del momento, a prestar ayuda también material al mantenimiento de las Iglesias jóvenes.

A través de la valiosa mediación de las Obras Misionales Pontificias (OMP), este gesto de amor contribuirá a sostener la formación de sacerdotes, de seminaristas y de catequistas en las tierras de misión más lejanas y dará ánimo y aliento a las jóvenes comunidades eclesiales.

Este año, el lema del día del DOMUND dice así: “Queremos ver a Jesús”. El lema reproduce el texto de Jn 12,21. Con esta expresión algunos de los griegos que habían llegado en peregrinación a Jerusalén para celebrar la Pascua presentan al apóstol Felipe la petición de ver a Jesús, de conocer al Señor. Estos tales, los griegos (v 20) que quieren ver a Jesús (Jn 12,21), son probablemente prosélitos de los judíos, y representan claramente al mundo gentil (cf Jn 7,35).

El texto evangélico de Jn 12, 21 nos increpa e interpela fuertemente a los cristianos de hoy, muy cansados de tanto bregar, a punto muchas veces de arrojar la toalla y tentados a renunciar a la evangelización del mundo y a reducir nuestra acción pastoral a los límites angostos de los creyentes convencidos. Es, en suma, la tendencia espontánea a replegarse a los cuarteles de invierno cuando fuera arrecia el frío.

A esta postura sin duda judaizante contribuye mucho la cultura de hoy, una cultura postmoderna, marcada por el cansancio de los metarrelatos universalistas de la Ilustración, decidida a anclarse en lo concreto, a practicar el culto a la diferencia y a concluir en la negación de la existencia en el hombre de una vocación universal a la búsqueda de la verdad. Para la cultura postmoderna existe sólo el individuo. Y el individuo, precisamente por ser tal, es incomunicable.

Por tanto, el horizonte de cada sujeto no tiene nada que ver con los horizontes de los demás. Finalmente y como obvia consecuencia, si los sujetos, entendidos falsamente como meros individuos, son radicalmente distintos e incomunicables, entonces también lo serán sus respectivos discursos.

Así las cosas, ¿en dónde queda la legitimidad del anuncio del Evangelio de Cristo a todos los pueblos? ¿No será ésta una pretensión ilusa, carente de todo fundamento antropológico real y, por ende, llamada al fracaso? En no pocos cristianos de nuestra época, marcada ésta fuertemente por el clima espiritual de una postmodernidad difícil de superar, han hecho mella estas preguntas. Y el resultado no ha sido otro que el repliegue de muchos sobre sí mismos y la aparición en no pocos espíritus de un acusado déficit de ardor evangelizador.

En efecto, si el interés por el Evangelio, por la persona de Jesús, no es universal, entonces el anuncio del Evangelio cae en tierra seca, en pedregales sin tierra y sin agua. Con lo cual, la semilla evangélica no puede nunca germinar, y la misión evangelizadora se torna inviable. Pero el interés por Jesús, que es el ‘universal concreto’, sí es universal.

Para salir al paso de esta terrible tentación escribió el Papa Juan-Pablo II en 1990 su gran encíclica *Redemptoris Missio*, ‘sobre la validez permanente del mandato misionero’. Y dentro de esta misma preocupación se mueve también el lema del *Domund* de este año.

“Querer ver a Jesús” es, contrariamente a lo que mantiene la tesis postmoderna, algo natural y primario en toda persona humana. Por tanto, el deseo de ver a Cristo, de encontrarse con él y de descansar en él es algo propio de todo tiempo, de todo espacio y de todo hombre. Cristo afecta a los hombres de ayer y a los hombres de hoy, a los ciudadanos de Europa y a los ciudadanos de los otros continentes, a judíos y a griegos.

Y la razón de ello estriba en que toda persona humana aspira a conocer

el universal, a ver a Dios, al Dios verdadero; y éste, el Dios verdadero, sólo se alcanza plenamente en el Jesús de la historia, en el ‘universal concreto’, perfectamente reflejado en la fe de la Iglesia. De ahí que los Santos Padres dijeran con razón que el alma del hombre, de todo hombre, es ‘naturaliter christiana’.

Con palabras que destilan siempre la miel de la sabiduría, escribe el Papa Benedicto XVI en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones: “Como los peregrinos griegos de hace dos mil años, también los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes, no sólo que hablen de Jesús, sino que ‘hagan ver a Jesús’, que hagan resplandecer el rostro del Redentor en cada ángulo de la Tierra ante las generaciones del nuevo milenio, y especialmente ante los jóvenes de todos los continentes, destinatarios privilegiados y sujetos activos del anuncio evangélico”.

Tengamos, pues, confianza en el Evangelio y creamos más en el hombre, en el hombre real, en ese hombre naturalmente hambriento de Dios y que, inserto hoy en una sociedad multiétnica, experimenta de modo creciente formas de soledad y de indiferencia sin duda preocupantes, pero que tiene que superar.

Salgamos sin miedo al encuentro de los hombres. Y, sin falsos respetos, mostrémosles con gozo la faz del Señor. Tal demostración se hará de modo creíble si va acompañada, en los testigos del Evangelio, de una profunda conversión personal, comunitaria y pastoral.

† Manuel Ureña,
Arzobispo de Zaragoza